

LA BATALLA QUE PERMITIÓ
LA LIBERTAD DE LOS ESCLAVOS



ANTIETAM

JAMES M. MCPHERSON

Ariel

James M. McPherson

Antietam, la batalla que permitió la libertad de los esclavos

Traducción de Jordi Beltrán Ferrer

Prólogo de Aurora Bosch

Ariel

Título original:
Antietam: The Battle that Changed the Course of the Civil War

Primera edición: enero de 2004
Primera edición en esta presentación: octubre de 2021

© 2002, James M. McPherson
© 2005 y 2021, Jordi Beltrán Ferrer, por la traducción

Prólogo de Aurora Bosch

Antietam, la batalla que permitió la libertad de los esclavos fue originalmente publicada en inglés en el año 2002. Esta traducción está publicada por acuerdo con Oxford University Press. Editorial Planeta es el único responsable de dicha traducción y Oxford University Press no se hace responsable de ningún error, omisión, imprecisión o ambigüedad.

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3381-6
Depósito legal: B. 13.388-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Sumario

<i>Prólogo</i> , de Aurora Bosch	11
<i>Prefacio</i>	17
<i>Introducción</i> : Muerte en septiembre	21
1. El péndulo de la guerra (1861-1862)	29
2. Quitándose los guantes de seda (junio-julio de 1862)	61
3. «Los federales recibieron una buena tunda» (agosto-septiembre de 1862).	97
4. Enfrentamiento en Sharpsburg	123
5. El principio del fin.	163
<i>Agradecimientos</i>	189
<i>Notas</i>	191
<i>Bibliografía</i>	227
<i>Índice temático</i>	239

El péndulo de la guerra (1861-1862)

En la mayoría de las guerras civiles o de las revoluciones, el ejército insurrecto debe luchar para hacerse con el control del país o del gobierno, o de ambas cosas. En la Guerra Civil norteamericana, sin embargo, en mayo de 1861 los once estados de la Confederación instauraron en Richmond un gobierno en toda regla cuyos ejércitos controlaban prácticamente la totalidad de los 1.942.500 kilómetros cuadrados que constituían su territorio nacional. Para «ganar» la guerra que empezó con la toma de Fort Sumter por los confederados, el Sur solo necesitaba defender lo que ya poseía repeliendo las invasiones enemigas y desgastando la voluntad de los nordistas de continuar la guerra.

En cambio, si el presidente Abraham Lincoln deseaba alcanzar sus objetivos en la guerra, es decir, preservar Estados Unidos como nación entera —una Unión de todos los estados—, sus ejércitos tendrían que invadir la Confederación, derrotar a sus fuerzas armadas, conquistar y ocupar su territorio y destruir su gobierno. La tarea parecía imposible a ojos de muchos observadores contemporáneos. Los acontecimientos de 1861 no contribuyeron a alterar esta impresión. Las armas de la Unión obtuvieron algunas victorias aquel año, desde luego. La marina tomó bases para sus flotas de bloqueo en las costas de Carolina del Norte y Carolina del Sur. Las tropas nordistas se hicieron con el control de la mayor parte de las cruciales fronteras de los estados de Mis-

souri, Kentucky y Maryland, aunque perdieron dos batallas en Missouri. Las fuerzas unionistas también expulsaron a los pequeños ejércitos confederados del oeste de Virginia y prepararon el camino para la posterior admisión de Virginia Occidental como nuevo estado de la Unión.

Pero el primer avance, cuyo grito de batalla era «¡A Richmond!», se había visto detenido por una derrota humillante en las márgenes del Bull Run en julio de 1861, y otra embestida unionista había terminado en desastre en Balls Bluff, a orillas del río Potomac, cerca de Leesburg, Virginia, en octubre. Aunque las fuerzas de la Unión habían establecido posiciones precarias alrededor del perímetro confederado en Virginia y a lo largo de la costa meridional del Atlántico, la Confederación equilibró estas incursiones ocupando el sur de Kentucky y de Missouri. El bloqueo naval unionista aún no era eficaz y en 1861 nueve de cada diez barcos lograban atravesar el cordón poroso de los bloqueadores y llegar a puerto sanos y salvos. Al finalizar dicho año, la Confederación se alzaba orgullosa y desafiante.

El Norte se animó temporalmente en noviembre cuando un barco de guerra de la Unión capturó a los enviados de la Confederación James Mason y John Slidell, que viajaban en el vapor británico *Trent*. Esta acción, sin embargo, causó una crisis diplomática y amenazó con provocar una guerra con Gran Bretaña. Envuelto ya en un conflicto que parecía incapaz de ganar, el gobierno de Lincoln no podía arriesgarse a provocar otro. El día después de la Navidad de 1861, el gobierno estadounidense puso en libertad a Mason y Slidell, con lo que evitó una guerra con los ingleses, pero también produjo decepción y vergüenza en el Norte. El «incidente del *Trent*» también desencadenó el pánico financiero, y como consecuencia de ello los bancos suspendieron brevemente los pagos en metálico (el respaldo de sus billetes con oro o plata). El secretario del Tesoro, Salmon P. Chase, tuvo dificultades para vender bonos con el objeto de financiar la guerra.

Todo esto tal vez hubiera importado poco si las perspectivas militares hubiesen parecido más prometedoras. Después de la derrota de Bull Run, Lincoln había llamado al general George B. McClellan para encomendarle el mando del Ejército del Potomac. Militar enérgico y con talento, de solo treinta y cuatro años de edad, pequeño de estatura, pero engrandecido por un aura del destino, McClellan gozaba de la adulación de la prensa y los líderes políticos, que le aclamaban como «el joven Napoleón». A la edad de diecinueve años, McClellan se había graduado en West Point, el segundo de la promoción de 1846. Después de distinguirse en la guerra contra México, adquirió una buena hoja de servicios en el ejército regular y obtuvo el codiciado nombramiento de observador militar asociado a los británicos en la guerra de Crimea. Pero los ascensos eran lentos en tiempos de paz y McClellan dimitió en 1857 y fue superintendente primero de una y luego de otra compañía ferroviaria del Medio Oeste. En esta capacidad sus extraordinarias habilidades organizativas impresionaron a todos los que trataron con él y fueron el motivo por el cual se le encomendó organizar los regimientos de Ohio al estallar la guerra en 1861. En junio y julio, McClellan llevó un pequeño ejército a una serie de victorias que dieron a la Unión el control de gran parte de la región que se convertiría en Virginia Occidental. Este éxito dio origen a la llamada de Washington y el mando del mayor ejército de la Unión después de Bull Run.

McClellan cultivaba su imagen napoleónica. Poseedor de un carisma notable que establecía lazos afectivos entre él y sus oficiales y soldados, organizó y preparó el Ejército del Potomac, convirtiéndolo en una fuerza de combate numerosa y muy disciplinada. El afecto que sentían los soldados por McClellan se hizo legendario. «No tienes idea de cómo se animan los hombres cuando me mezclo con ellos», escribió a su esposa. «Nunca he oído chillidos como los suyos... Puedo ver cómo relucen todos los ojos.»¹ McClellan parecía ser justamente lo que necesitaba el Norte después de la

desalentadora derrota de Bull Run. Cuando el anciano y enfermo Winfield Scott dejó el puesto de general en jefe el 1 de noviembre de 1861, McClellan lo asumió también.

Fueron los meses de luna de miel de McClellan con el público del Norte. Pero a medida que iban pasando los hermosos días del otoño y el Ejército del Potomac no hacía nada para expulsar a las avanzadillas confederadas que estaban a solo unos cuantos kilómetros de Washington, la luna de miel terminó. Los defectos de McClellan empezaron a manifestarse. Era un perfeccionista en una profesión donde nada podía ser perfecto jamás. Su ejército estaba perpetuamente casi preparado para ponerse en marcha, pero no podía hasta que se hubiera herrado el último caballo y el último soldado estuviera totalmente pertrechado. McClellan temía arriesgarse al fracaso, así que no se exponía lo más mínimo. Una y otra vez sobreestimó las fuerzas enemigas que tenía delante (a veces en múltiplos de dos o tres) y se basó en estos cálculos incorrectos para no hacer nada. La prudencia y la mentalidad defensiva que McClellan infundió al Ejército del Potomac persistieron durante casi tres años y cedieron la iniciativa al enemigo, que a partir de mayo de 1862 estuvo bajo el mando del más arriesgado de todos los hombres, Robert E. Lee.

La inacción de McClellan y sus convicciones políticas inyectaron un veneno peligroso en las relaciones entre el ejército y el gobierno. McClellan no ocultaba el desdén que le inspiraban los abolicionistas y los republicanos del Congreso y la prensa, los cuales empezaron a criticar su inactividad en el otoño de 1861. También expresaba en privado el desprecio que sentía por Lincoln. A su vez, algunos republicanos se preguntaban si McClellan, cuyos amigos habían sido demócratas aliados con el Sur antes de la guerra, realmente quería «asestar un golpe a la rebelión». Incluso «el mismísimo Lincoln empieza a pensar que algo huele a chamusquina», escribió el director general del Servicio Postal, Montgomery Blair, en octubre.²

Las sospechas relativas a la lealtad de McClellan a la causa unionista eran infundadas. Pero él y los oficiales a los que nombraba para que ocupasen puestos clave «eran blandos» con la esclavitud, y en cierto modo también lo eran con el Sur. No querían hacer el tipo de guerra que los radicales empezaban a exigir: una guerra para destruir la esclavitud y reformar el Sur a imagen del Norte, donde aquella no estaba permitida y la mano de obra era libre. «Ayúdame a esquivar al *nigger* [«negro» en sentido despectivo]», escribió McClellan a un influyente amigo demócrata. «Estoy luchando para preservar la integridad de la Unión... Para alcanzar ese fin, no podemos permitirnos mezclar en ello la cuestión del negro.»³ La desconfianza entre McClellan y su ejército por un lado y el gobierno y el Congreso republicanos por el otro arraigó durante este invierno de la desventura del Norte. Daría un fruto amargo.

Por si fuera poco, McClellan contrajo una fiebre tifoidea justo antes de Navidad. La copa de la amargura de Lincoln pareció rebosar. Y las noticias que llegaban de los teatros de guerra occidentales no contribuyeron a animarle. El general Henry W. Halleck mandaba el Departamento del Missouri y tenía su cuartel general en Saint Louis, y el general Don Carlos Buell mandaba el Departamento del Ohio, que abarcaba la región situada entre los Apalaches y el río Cumberland. Buell dijo a Lincoln que el terreno y el tiempo le impedían atacar a una fuerza confederada que se hallaba en el este de Tennessee. El 6 de enero Halleck escribió al presidente para explicarle por qué no podía atacar las fortificaciones confederadas a orillas del Mississippi en Columbus, Kentucky. En una copia de la carta de Halleck, Lincoln escribió: «Es sumamente desalentador. Como en todas las demás partes, no se puede hacer nada». El presidente reveló sus frustraciones al intendente general, Montgomery Meigs. «General, ¿qué debería hacer? El pueblo está impaciente; Chase no tiene dinero y me dice que no puede recaudar más; el general del Ejército tiene fiebre tifoidea. Esto es un desastre. ¿Qué debo hacer?»⁴

Estos deprimentes días de enero resultaron ser las tinieblas que precedieron a un luminoso amanecer del Norte. Del oeste de Tennessee, la costa de Carolina del Norte, el norte de Arkansas, Nueva Orleans y la propia Virginia llegaron noticias de una serie de triunfos de la Unión que empezaron en febrero de 1862 y parecían anunciar el final inminente de la Confederación. Casi de la noche a la mañana, el estado de ánimo del Norte saltó del abatimiento a la euforia, al tiempo que el del Sur caía de la confianza a la desesperación. En febrero el Congreso de la Unión aprobó el nuevo papel moneda y Chase se dispuso a emitir una serie nueva de bonos de guerra. Estas medidas se tomaron en plena marea de optimismo creada por las victorias y sirvieron para reparar el casco agrietado de las finanzas de la Unión.

En el otoño de 1861 un oscuro general de brigada de Illinois llamado Ulysses S. Grant tomó el mando de las fuerzas de la Unión en Cairo, Illinois, en la confluencia de los ríos Ohio y Mississippi. También envió tropas a ocupar Paducah y Smithland, en Kentucky, donde los ríos Tennessee y Cumberland desembocan en el Ohio. Estos ríos navegables eran caminos para invadir el núcleo de la Confederación. Los sureños construyeron Fort Henry a orillas del Tennessee y Fort Donelson a orillas del Cumberland, donde solo unos diecinueve kilómetros separaban los dos ríos justo al sur de la frontera entre Kentucky y Tennessee. Grant se dio cuenta de la importancia estratégica de estos fuertes y organizó una fuerza conjunta del ejército y la marina para tomarlos y abrir los ríos a las cañoneras de los unionistas.

Estos buques nuevos eran formidables. Estaban armados con trece cañones de gran calibre, su calado era de solo un metro y ochenta y dos centímetros y tenían una casamata inclinada con un blindaje de hierro que protegía el casco y las ruedas de paletas. Las cuatro primeras unidades ya estaban listas para entrar en servicio a finales de enero de 1862. Grant pidió a Halleck que le permitiera atacar Fort Henry. A diferencia de McClellan, que no había conocido más que

éxitos en su vida y temía arriesgarse al fracaso, Grant había sufrido fracasos antes de la guerra y por ello estaba dispuesto a correr riesgos, toda vez que poco tenía que perder. Respaldo por el oficial general de la armada Andrew H. Foote, que mandaba las cañoneras, Grant persuadió a Halleck a autorizar la campaña.

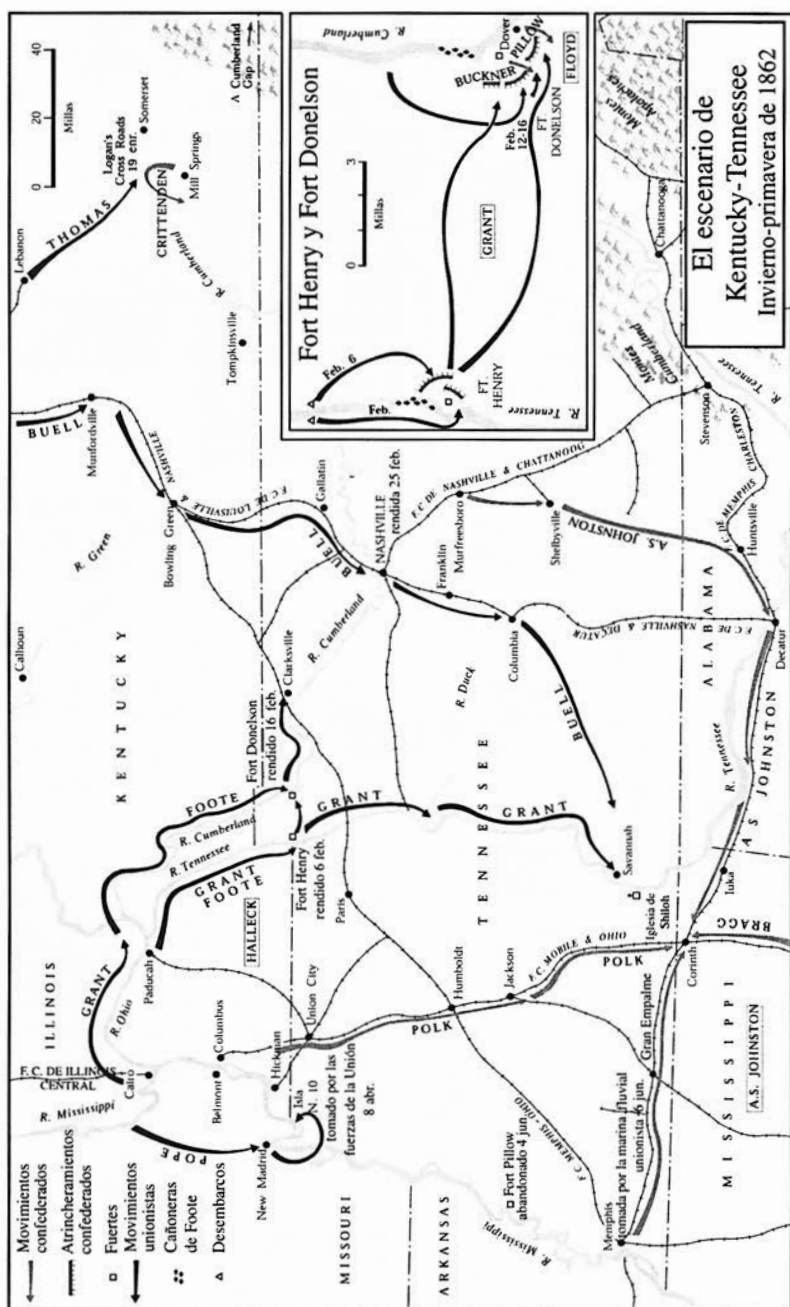
Grant y Foote actuaron con rapidez. Fort Henry, que estaba mal emplazado en terreno bajo, sucumbió al ataque de las cañoneras el 6 de febrero, antes de que los 15.000 soldados de Grant pudieran impedir que la mayor parte de la guarnición huyese a Fort Donelson. Casi sin pausa, Grant y Foote cercaron Fort Donelson y encerraron a sus 14.000 defensores, superados numéricamente por los 27.000 hombres de Grant, después de reñidos combates en tierra y en el río los días 14 y 15 de febrero. Al preguntársele qué condiciones pondría para la rendición de la guarnición, Grant dio una respuesta que le hizo famoso: «No se puede aceptar ninguna condición excepto una rendición incondicional e inmediata. Me propongo avanzar inmediatamente hacia vuestras fortificaciones». Estas palabras zanjaron el asunto; los defensores se rindieron, el primero de los tres ejércitos enemigos que Grant capturaría durante la guerra. Al quedar casi indefensa, Nashville cayó ante el avance de Buell y su Ejército del Ohio el 25 de febrero, al tiempo que las cañoneras unionistas subían por el río Tennessee hasta Florence, Alabama. Una de las regiones agrícolas y productoras de hierro más ricas de la Confederación quedó bajo la ocupación militar de los unionistas.

Mientras tenían lugar estos asombrosos acontecimientos, una campaña que atrajo todavía más la atención de los principales medios de información de ambos bandos, los periódicos de Richmond y Nueva York, puso los estrechos llamados Albemarle Sound y Pamlico Sound, en Carolina del Norte, bajo control yanqui. Una fuerza expedicionaria mandada por el general Ambrose E. Burnside y apoyada por cañoneras atravesó el estrecho de Hatteras y atacó Roanoke Island

los días 7 y 8 de febrero, capturó a la mayor parte de los tres mil defensores y se abrió en abanico para ocupar otros puertos de los estrechos de Carolina del Norte. Durante las diez semanas siguientes, las fuerzas de Burnside tomaron New Berne y Fort Macon en Beaufort, lo cual dio a los federales el control de todos los puertos de Carolina del Norte, excepto Wilmington. Burnside se ganó una reputación que, a diferencia de Grant, no podría sostener hasta el final de la contienda. Para rematar los logros de la Unión en lo que resultó ser el invierno de la desventura del Sur, un pequeño ejército unionista obtuvo una victoria decisiva en Pea Ridge, en el noroeste de Arkansas, los días 7 y 8 de marzo.

Estos acontecimientos surtieron un efecto profundo en el frente civil tanto en el Norte como en el Sur. «Gloriosa noticia», «Gran victoria», «Éxito arrollador», «Pánico extremo entre los rebeldes», dijo en tono jactancioso el habitualmente comedido *New York Times*. «No pasará mucho tiempo antes de que esta revuelta enorme e infernal sea aplastada... El monstruo ya está atrapado y lucha por salvar la vida.»⁵ El *New York Tribune* de Horace Greeley, el periódico republicano más influyente del país, mostró igual exuberancia. «El cambio maravilloso que han obrado unos cuantos días en el aspecto de los asuntos nacionales se refleja en los rostros de todos los hombres», declaró el *Tribune* tras la toma de Fort Donelson. «Hay un resplandor de orgullo en todas las mejillas» del Norte. «Cada golpe perjudica de forma terrible a la rebelión. Los propios rebeldes son presa de pánico, o de desánimo. No hace falta ningún profeta clarividente para predecir el fin de esta lucha.»⁶

Para no ser menos, el *New York Herald*, periódico independiente pero con inclinaciones demócratas y el de mayor circulación diaria de toda la prensa norteamericana, anunció después de la toma de Fort Henry que «la lúgubre noche de nuestras dudas y sinsabores ha pasado». La guerra terminaría y la Unión sería restaurada «antes de concluir el mes». Cuatro días después la predicción fue menos optimista y ha-



bló de sesenta días y, tras nuevas victorias nordistas, el *Herald* aplazó inexplicablemente el fin de la rebelión hasta el 4 de julio. Sin embargo, todavía con más victorias unionistas en marzo, el optimismo del *Herald* volvió a aumentar: «Ahora podemos contar con la caída del gobierno vagabundo de Jeff[erson] Davis antes del 1 de mayo». ⁷

Esta exaltación contagió incluso al normalmente sobrio *Harper's Weekly*, que vio las victorias nordistas en febrero como «El principio del fin». «La noche era muy oscura», reconoció el *Herald* el 22 de marzo, «pero el amanecer es en verdad luminoso y sorprendentemente glorioso... No hay un solo punto en la línea de cuatro mil ochocientos kilómetros y pico en el cual los rebeldes puedan oponer resistencia.» ⁸

Al igual que el *Tribune*, el *Harper's* creía que la gente del Sur estaba «desconsolada, aterrorizada y desesperada ante este giro de los acontecimientos». ⁹ Aunque esta afirmación era exagerada, por ser fruto de los deseos de quienes la hacían, no andaba muy equivocada. La escandalosa serie de derrotas de febrero y marzo aturdió a los sureños. «El enemigo ha mostrado una osadía que nos ha pillado desprevenidos», reconoció el *Richmond Enquirer*. Con la caída de Fort Donelson, «hemos sufrido otro descalabro», admitió el *Richmond Dispatch*, el periódico de mayor circulación en los estados confederados. «Revés tras revés se producen en rápida sucesión.» Al cabo de un mes, el *Dispatch* se lamentó diciendo que «no tenemos nada más que desastres». ¹⁰

Otros periódicos coincidieron en que la Confederación nunca había conocido «un momento de pesimismo más hondo o mayor peligro... La crisis es demasiado grave para andarse con rodeos». ¹¹ Dos cargos del Departamento de Guerra confederado cuyos diarios reflejaban la opinión pública en Richmond aludieron repetidamente al «catálogo de desastres» de febrero. «A mí me parece que en este momento predomina una sensación de desaliento generalizado superior al que nunca ha habido.» ¹²

Incluso confederados de alto rango expresaban desesperación, al menos en privado. Cuando se enteró de la rendición de Fort Donelson, el vicepresidente, Alexander Stephens, dijo a un amigo: «La Confederación está perdida». En las anotaciones de su diario, en febrero, Thomas Bragg, el fiscal general, se lamentó de que «los peligros crecen a nuestro alrededor... Nuestra gente está descorazonada... Por más que haga, no consigo quitarme el horrendo panorama del pensamiento».¹³

Jefferson Davis fue investido presidente en toda regla por seis años, el 22 de febrero (hasta entonces lo había sido a título provisional). En el discurso de toma de posesión reconoció que «después de una serie de éxitos y victorias, recientemente hemos tropezado con graves desastres». La ceremonia se celebró bajo un aguacero torrencial, lo cual no contribuyó a alegrar a los presentes. Cuando alguien preguntó al cochero de Davis por qué el presidente y sus lacayos vestían trajes negros, el hombre contestó: «Esto, señora, es lo que hacemos siempre en Richmond en los entierros y cosas por el estilo».¹⁴

Lejos del fermento de noticias y rumores que en Richmond magnificaban tanto las victorias como las derrotas, los blancos de otras partes del Sur parecían igualmente deprimidos por lo sucedido en febrero y marzo. La esposa del propietario de una plantación cercana a Atlanta se sentía «muy desanimada esta noche» debido «al triste estado del país». Una mujer de Carolina del Norte se enteró de la caída de Roanoke Island con «horror y consternación», a la vez que la noticia de la toma de Fort Donelson fue «extremadamente dolorosa... Hice un esfuerzo por quitarme la pena de encima y hablar de otras cosas, pero todo parecía hueco y artificial».¹⁵ Un plantador de Piedmont, en Carolina del Sur, no se sintió «con ánimos para comentar» las «malas, ¡muy malas noticias!... El fracaso de nuestra causa nos dejará en una situación en la que no puedo ni pensar. Que Dios nos ayude».¹⁶

Hijo de un acaudalado plantador de Georgia, Charles Colcock Jones Jr. era oficial de una batería de artillería encargada de defender las tierras bajas de Georgia. Aunque licenciado por el College de New Jersey en Princeton y la facultad de Derecho en Harvard, Jones despreciaba a los yanquis y abrazó apasionadamente la causa confederada. Pensaba como su madre que «nuestros recientes desastres son espantosos» porque «el valle del Mississippi prácticamente se ha perdido y toda nuestra línea costera, así como la costa del Golfo, con muy pocas excepciones, se encuentra completamente en poder del enemigo». Pero instó a no «desanimarse... No hemos sido vencidos aún, ni lo seremos». Un capitán de Carolina del Sur también reconoció ante su esposa que el enemigo había conseguido una ventaja temporal, «pero esto no es más que la que desde el principio le hemos llevado, hasta hace poco. No sucumbió ni se dio por vencido a causa de ello... ¿lo haremos nosotros, que tenemos mucho más por lo que luchar que él? Me siento totalmente sorprendido y avergonzado por el sentimiento manifestado por nuestra gente». Si nos sometemos a los yanquis, «seríamos un pueblo humillado, pisoteado y deshonorado». ¡Nunca! «Nuestra gente [debe] despertarse, sacudirse el letargo... [y] afrontar la situación como hombres.»¹⁷

La prensa confederada hizo hincapié en este tema e instó a los sureños a olvidar las derrotas y redoblar su decisión. «Que todo el mundo... cultive y fomente un coraje animoso», proclamó el progubernamental *Richmond Enquirer* el 28 de febrero. «Los que andan alicaídos, torturándose e irritando a los demás con sus lamentos impropios de hombres y sus miedos cobardes» deben ser reprendidos y evitados. «El desánimo apenas es mejor que la traición.» El *Richmond Dispatch* también llenó sus artículos de fondo con denuncias de los «gruñones» y los «hombres con enaguas». El *Dispatch* se mostró de acuerdo con el *Enquirer* en que el estímulo de los reveses empujaría a los sureños a demostrar «a la gente del Norte» la verdadera naturaleza de la hombría sureña. En-

tonces, con nuevas victorias confederadas, «su euforia infundada dará paso a un desánimo igualmente profundo».¹⁸

Un lector norteno de estos artículos de fondo (los periódicos del Sur y del Norte se intercambiaban con regularidad o se pasaban de forma clandestina a través de las líneas) afirmó que le recordaban «al muchacho que al cruzar el cementerio silba para darse valor». El *New York Times* reprodujo extractos de varios artículos de fondo de periódicos sureños bajo el titular «Los rebeldes silban para darse valor».¹⁹ Pronto necesitarían silbar con más fuerza, porque mayores «desastres» para las armas confederadas aguardaban en la primavera.

Tras la pérdida de Fort Donelson, el comandante confederado en ese frente, el general Albert Sidney Johnston, concentró las tropas que le quedaban en Corinth, en el norte de Mississippi. Importante empalme ferroviario, Corinth se convirtió en el siguiente objetivo de los estrategas de la Unión. Halleck ordenó que los ejércitos de Grant y Buell se unieran en Pittsburg Landing, a orillas del río Tennessee, a unos treinta y dos kilómetros al norte de Corinth, para efectuar un avance hacia el empalme. Pero Johnston no pensaba esperar a que los yanquis le atraparan. En vez de ello, pidió refuerzos de la costa del Golfo con el fin de que su ejército en Corinth constara de 40.000 hombres. Johnston tenía intención de lanzar una ofensiva contra los 33.000 hombres de Grant antes de que llegase el ejército de Buell.

El 6 de abril los confederados atacaron al amanecer cerca de una iglesia llamada Shiloh, que dio nombre a la batalla que se libró allí. Pillaron a Grant por sorpresa y obligaron a su ejército a retroceder hasta el río. Después de un día en el que se libraron los combates más intensos que se habían visto hasta entonces en la guerra, con un total de 15.000 bajas entre los dos bandos, los asediados soldados de Grant detuvieron la arremetida de los confederados al atardecer. Una

de las bajas de los sudistas fue Johnston, que murió desangrado cuando una bala le cercenó una arteria de la pierna: el oficial de graduación más alta, de uno u otro bando, que resultó muerto en la contienda. El general Pierre G. T. Beauregard, trasladado recientemente de Virginia al oeste, asumió el mando tras la muerte de Johnston. Creyendo que la continuación de la batalla al día siguiente arrojaría a los yanquis al río, Beauregard envió un telegrama a Richmond aquella noche: «Después de una dura batalla de diez horas, gracias al Todopoderoso, [hemos] obtenido una victoria total, expulsando al enemigo de todas sus posiciones».²⁰

El Departamento de Guerra en Richmond facilitó inmediatamente el telegrama a la prensa, que pregonó a los cuatro vientos un gran triunfo de los confederados. Durante varios días los sureños creyeron que habían cambiado el curso de la guerra en el oeste. Lo mismo pensaron algunos de los subordinados de Grant en la negra y lluviosa noche del 6 al 7 de abril en Pittsburg Landing. Le aconsejaron que se retirara para salvar lo que quedaba de su ejército. Grant contestó: «¿Retirarme? No. Me propongo atacar cuando se haga de día y darles una paliza».²¹ Y eso fue lo que hizo, reforzado durante la noche por una división destacada de su propio ejército más tres divisiones del de Buell. A media tarde los confederados se encontraban en plena retirada hacia Corinth después de perder más de una cuarta parte de su ejército. Beauregard nunca se tomó la molestia de mandar un segundo telegrama para comunicar estos hechos. Y las numerosas bajas sufridas por los ejércitos combinados de la Unión en los dos días de lucha (13.000), más los informes de que el enemigo había pillado a Grant desprevenido el primer día, impidieron proclamar una gran victoria unionista. No obstante, el chasco que se llevó la Confederación al convertirse en retirada la victoria de que se jactara Beauregard sumó la frustración a la decepción de los sudistas.

Esa frustración resultó más hiriente debido al revés simultáneo que los confederados sufrieron a orillas del río

Mississippi. Tras la toma de Fort Donelson, Foote llevó su flota de cañoneras blindadas al Mississippi para atacar la Isla Número 10 (llamada así por ser la décima que se encontraba al bajar por el río desde la confluencia del Ohio y el Mississippi), que estaba muy fortificada. En cooperación con un ejército de 20.000 hombres comandado por el general unionista John Pope, la flota bloqueó la isla y las tropas de Pope capturaron a sus 4.500 defensores y se apoderaron de 109 cañones el 7 de abril, el mismo día en que el maltrecho ejército de Beauregard se retiró de Shiloh.

Este golpe doble dio origen a un par de titulares en una edición «extra» del *New York Times* el 9 de abril: «¡Noticias gloriosas!» y «¡Más noticias gloriosas!». Un artículo de fondo del *Times* declaró que la toma de la Isla Número 10 «debe desalentar absolutamente a los rebeldes y demostrar la futilidad de seguir oponiendo resistencia al gobierno». Y, en efecto, algunos rebeldes se sintieron desalentados; un periódico llamado *Atlanta Confederacy* declaró que el pueblo sureño estaba «helado, entumecido y exánime».²²

La caída en abril de Fort Macon, en Carolina del Norte, y de Fort Pulaski, río abajo desde Savannah, aumentó la demoralización del Sur. Pero todas estas pérdidas eran insignificantes comparadas con la rendición de Nueva Orleans, el principal puerto y la mayor ciudad de la Confederación, a finales del mismo mes.

La mayoría de las tropas confederadas en Louisiana habían ido a Corinth para la campaña que culminó en Shiloh. La marina fluvial confederada en el curso bajo del Mississippi había remontado el río para enfrentarse a la flota unionista después de la caída de la Isla Número 10. Para defender Nueva Orleans quedaron un par de barcos blindados a medio construir, unos cuantos vapores armados, tres mil milicianos y dos fuertes situados unos ciento doce kilómetros más abajo de la ciudad, a orillas del río. No era suficiente para detener al comandante naval unionista, David Glasgow Farragut, un nativo de Tennessee que había permanecido

leal a la marina de Estados Unidos tras servir en ella durante medio siglo.

Farragut iba al frente de la Fuerza Expedicionaria del Golfo, compuesta por veinticuatro barcos de guerra que llevaban 245 cañones, diecinueve lanchas con morteros, todas ellas dotadas de un mortero de trece pulgadas para tirar por elevación contra los fuertes, y 15.000 soldados del ejército. Al final, estos soldados no serían necesarios salvo como fuerza de ocupación. Durante una semana de mediados de abril, los morteros dispararon 17.000 bombas contra los fuertes sin dejarlos fuera de combate.

Farragut, impacientándose, decidió pasar bajo el fuego enemigo. La flota levó anclas a las dos de la mañana del 24 de abril y subió en fila india por el río, al tiempo que intercambiaba cañonazos con los fuertes y los barcos blindados que estaban anclados y esquivaba balsas incendiarias y finalmente logró pasar; sus pérdidas fueron un barco hundido y tres inutilizados. Un oficial de la Unión dijo que la batalla pareció «todos los terremotos del mundo y todas las tempestades de rayos y truenos juntas, en un espacio de tres kilómetros y pico, todo ello desatándose a la vez».²³ La flota subió hasta Nueva Orleans, donde la desventurada milicia se dio a la fuga sin disparar un solo tiro. La ciudad se rindió con cañones navales de casi nueve pulgadas apuntando a sus calles.

Estos acontecimientos resonaron con más fuerza, tanto en el Norte como en el Sur, que cualquier otro episodio anterior. En Washington, Elizabeth Blair Lee, cuyo hermano era miembro del gabinete de Lincoln y cuyo esposo mandaba uno de los barcos de Farragut, escribió que «nuestro pueblo está loco de exultación a causa de lo de Nueva Orleans». El *New York Herald* predijo (una vez más) que «nos encontramos a un mes, o quizá dos semanas, del final de la guerra», y se regodeó con «la gran depresión entre los insurgentes».²⁴

El *Herald* apenas exageraba el pesimismo del Sur. De Richmond a la misma Nueva Orleans, los periódicos lamen-

taban el «Gran desastre y humillación... la súbita sacudida... el inesperado y fuerte golpe... la calamidad deplorable... el golpe aturridor... con mucho, el revés más grave de la guerra». ²⁵ Pero varios directores de periódico afirmaron que no «había ningún motivo para desanimarse», lo que tal vez era otro ejemplo de silbar al atravesar el cementerio. La joven nación norteamericana había perdido todas las ciudades portuarias menos dos durante la guerra de Independencia, pero al final había triunfado. Los ejércitos sureños en el inmenso interior del país todavía estaban intactos y llenos de espíritu de lucha. El *Richmond Dispatch* insistió en que la moral de los soldados confederados seguía siendo alta. «Por más desastres que podamos sufrir, si este espíritu continúa animándonos, por fuerza acabaremos venciendo.» ²⁶

Esta vez, sin embargo, los ánimos de algunos de los patriotas confederados más resueltos siguieron decayendo. «El reciente desastre de Nueva Orleans y las probables consecuencias», escribió el furibundo secesionista virginiano Edmund Ruffin, que afirmaba con orgullo haber disparado el primer tiro en Fort Sumter, «han deprimido mi espíritu más que todas las pérdidas anteriores de nuestras armas y causa. No puedo por menos que admitir... la posibilidad de que los estados del Sur sean subyugados.» Una mujer de Carolina del Norte se negó a dar crédito al primer informe sobre la rendición de Nueva Orleans. Al confirmarse esta, «llegamos a casa hondamente abatidos, mejor dicho, humillados... Que Dios nos ayude, porque parece que estamos en el momento más negro». ²⁷ En su famoso diario, Mary Boykin Chesnut escribió sencillamente: «Nueva Orleans perdida... y con ella la Confederación». Los soldados no eran inmunes a presagios tan pesimistas. Un capitán de caballería de Virginia escribió a su esposa que «nuestra causa está perdida a menos que tenga lugar algún cambio». ²⁸

Lo que sucedió durante las semanas siguientes en el valle del Mississippi pareció ser la guinda en el pastel de la victoria unionista. La flota de Farragut subió por el río hasta

Vicksburg y por el camino obligó a Baton Rouge y Natchez a rendirse. El 30 de mayo Beauregard evacuó Corinth antes de que los ejércitos combinados de la Unión, ahora bajo el mando de Halleck, pudieran rodear y hacer prisioneros a los defensores del empalme ferroviario. El 6 de junio las cañoneras nordistas que bajaban por el río aniquilaron la flota confederada que trató de defender Memphis y obligaron a esa ciudad a rendirse también. Las dos flotas unionistas se encontraron en el último bastión confederado en todo el Mississippi, Vicksburg, que parecía tener los días contados. «Nos llevaremos una decepción si la bandera nacional no ondea sobre todas las ciudades importantes del Sur antes del 4 de julio», dijo, exultante, el *New York Tribune*. El *Harper's Weekly* coincidió en que «la gran tarea de sofocar la rebelión se ha conseguido realmente».²⁹

Con todo, la Confederación aún tenía dos ejércitos grandes y varios pequeños y estas fuerzas seguían controlando seis séptimas partes del territorio en los once estados que la integraban. Debido a las operaciones de guerrilla detrás de las líneas unionistas y las incursiones de caballería por parte de jefes audaces como Nathan Bedford Forrest y John Hunt Morgan, la dominación unionista en la otra séptima parte era precaria. Las perspectivas pronto empeorarían para las fuerzas unionistas en los valles del Mississippi, el Tennessee y el Cumberland, donde hasta ahora habían gozado de un éxito casi ininterrumpido. Mientras tanto, la mayoría de los ojos, así en el Norte como en el Sur, estaban puestos en Virginia. Si la marea azul lograba envolver el ejército que defendía Richmond y añadir la capital de la Confederación a su lista de ciudades conquistadas, en verdad que la rebelión podía haber terminado antes del Cuatro de Julio.

En el frente occidental, los principales ríos penetraban como flechas en lo más hondo del territorio confederado. En Virginia, en cambio, media docena de pequeños ríos (navega-

bles solo más abajo de la línea de cataratas) atravesaban la línea de operaciones entre Washington y Richmond y proporcionaban a los confederados líneas defensivas naturales. Una vez McClellan se hubo recuperado de su acceso de fiebre tifoidea en enero de 1862, Lincoln le ordenó que atacase al ejército confederado que se encontraba en actitud desafiante en la región de Manassas Centreville, a tan solo treinta y dos kilómetros de Washington. Pero McClellan insistió en que las fuerzas enemigas que mandaba Joseph E. Johnston superaban en número a las suyas (en realidad, el Ejército del Potomac tenía una superioridad numérica de dos a uno). Así que se propuso flanquear a Johnston y hacerle abandonar sus defensas a lo largo del Bull Run ordenando que el ejército unionista bajase por la bahía de Chesapeake hasta Urbana, en la desembocadura del río Rappahannock. Con McClellan situado allí, a solo unos sesenta y cuatro kilómetros de Richmond, Johnston se vería obligado a replegarse para proteger la capital confederada.

Lincoln aprobó el plan a regañadientes, con la condición de que McClellan dejara fuerzas suficientes para defender Washington de una acometida súbita, si los confederados optaban por atacar la capital de la Unión en vez de retirarse para defender la suya. Antes de que McClellan pudiera llevar a cabo su maniobra, Johnston salió de Centreville y se replegó a una posición situada a lo largo del Rappahannock.

Esta retirada obligó a McClellan a revisar su plan, pero no su estrategia básica. En vez de desembarcar en Urbana, llevaría su ejército de 100.000 o más hombres a Fortress Monroe, en la punta de la península de Virginia que formaban los ríos York y James. Con una línea fluvial de abastecimiento segura y protegida por barcos de guerra unionistas, podría marchar hacia el noroeste en dirección a Richmond, que distaba unos noventa y seis kilómetros. Lincoln volvió a dar su aprobación de mala gana, con la misma condición en el sentido de que McClellan dejara fuerzas suficientes para defender Washington. El presidente, sin embargo, opinaba

que el objetivo principal de McClellan tenía que ser el ejército enemigo y no Richmond; si se derrotaba al ejército, se podría ocupar la ciudad que defendía. Y, a juicio de Lincoln, presentar batalla al enemigo cerca de la base del Ejército del Potomac en Washington tenía más sentido que atacarle cerca de su propia base en Richmond. Lincoln dijo a McClellan que «Bajar por la bahía en busca de un campo, en vez de luchar en Manassas o cerca de Manassas» era «solo trasladar una dificultad a otra parte en vez de superarla... Encontraríamos el mismo enemigo, y los mismos atrincheramientos, u otros iguales, en ambos lugares».³⁰

El sentido de la estrategia de Lincoln era mejor que el de McClellan. Pero en esta ocasión el presidente cedió ante la sabiduría supuestamente superior de su general, aunque Lincoln relevó a McClellan de su puesto de general en jefe basándose en que era el comandante del Ejército del Potomac en sus operaciones activas y no podía actuar en ambas competencias. Es posible que esta medida también reflejara las reservas de Lincoln acerca de McClellan, que se enteró de ella por la prensa. McClellan aceptó esta aparente degradación de buen talante en aquel momento, pero su subsiguiente paranoia sobre los «enemigos» que tenía en Washington le empujaría a verla como parte de una intriga cuyo objetivo era «asegurar el fracaso de la campaña que se avecinaba».³¹ De momento, el comandante en jefe, Lincoln, en tándem con su nuevo secretario de Guerra, Edwin M. Stanton, hombre de implacable eficiencia, sería su propio general en jefe.

Cuando se hizo cargo del Departamento de Guerra en enero, Stanton era amigo personal y partidario de McClellan. Sin embargo, la tardanza del general en actuar, su aparente renuencia a combatir a un enemigo cuya importancia numérica exageraba constantemente y, sobre todo, una disputa relativa al número de soldados que debían quedarse para proteger Washington empezaron a poner a Stanton en contra de McClellan. El general dejó menos soldados de los que

había prometido; algunos de ellos eran bisoños; y contaba como parte de las defensas de la capital las unidades que operaban bastante lejos de ella en el valle del Shenandoah. Lincoln, furioso, sacó un nutrido cuerpo de las fuerzas de McClellan y lo mantuvo en los alrededores de Fredericksburg, donde podía unirse a McClellan al acercarse este a Richmond o acudir en defensa de Washington, según lo que dictaran las circunstancias.

También llegaron a oídos de Lincoln y Stanton rumores alarmantes en el sentido de que McClellan estaba en realidad a favor del Sur y había dejado deliberadamente indefensa la capital. Ninguno de los dos les dio crédito. No dudaban de la lealtad de McClellan, pero sí empezaron a dudar de su valor moral, de su disposición a tomar la iniciativa y luchar. McClellan, por su parte, comenzó a creer que Stanton y Lincoln retenían los refuerzos que necesitaba, porque se hallaban bajo la influencia de republicanos radicales que querían que fracasase y prolongar la guerra hasta que se convirtiera en una lucha para acabar con la esclavitud. El veneno de las suspicacias mutuas fue penetrando más y más en el Ejército del Potomac y en el gobierno al que servía.

Poca idea tenía el público de esta infección al desembarcar McClellan en la península y empezar su campaña en abril. Con todo, en vez de atravesar las débiles defensas de Yorktown, McClellan, como de costumbre, sobreestimó las fuerzas enemigas y optó por un asedio, con lo que incluso él reconoció cuál era su superioridad artillera. McClellan y sus partidarios en la prensa nortea (capitaneados por el *New York Herald*) estaban seguros de que, al igual que George Washington y el conde de Rochambeau ochenta años antes, vencerían al enemigo en Yorktown después de un asedio. «Los rebeldes no pueden oponer ninguna resistencia que detenga el avance victorioso de esta tremenda fuerza», predijo el *Herald*.³²

Johnston pensaba igual. Cuando los espías confederados le informaron de que McClellan se disponía a hacer fuego

con sus morteros y sus cañones Parrott, que disparaban balas de 100 libras, Johnston salió de la ciudad durante la noche del 3 al 4 de mayo y se retiró hacia Richmond.

Un reñido combate en la retaguardia en la antigua capital colonial de Williamsburg, el 5 de mayo, rechazó a los perseguidores unionistas durante el tiempo suficiente para que el resto del ejército lograra escapar limpiamente.

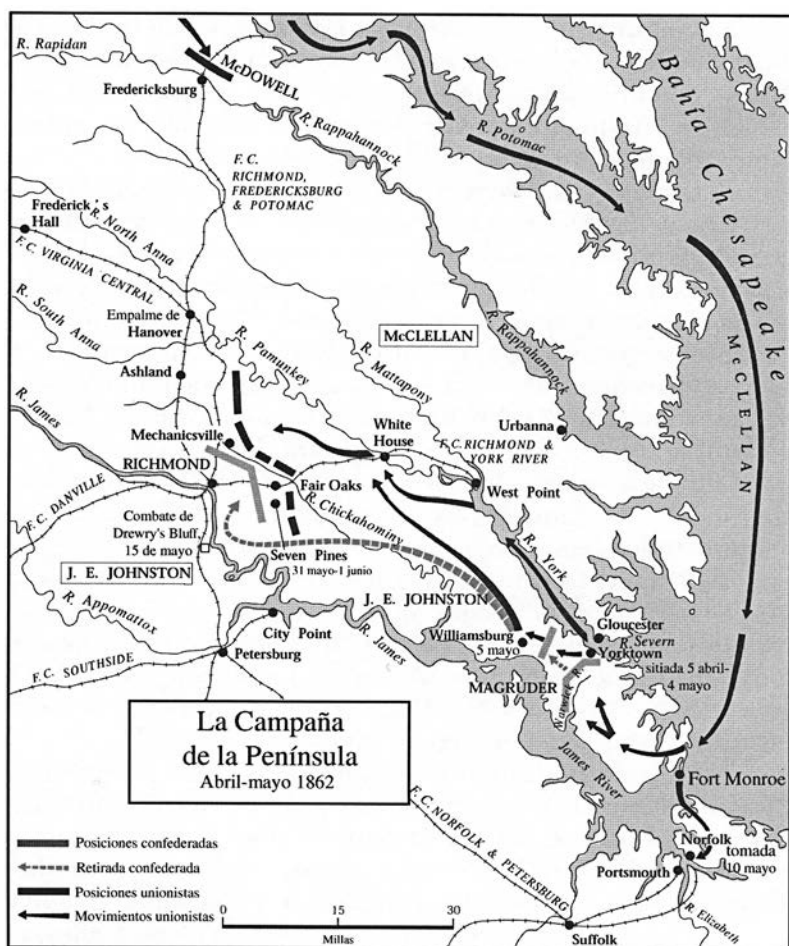
McClellan consideró que su asedio de un mes había sido un triunfo con un coste mínimo en bajas. Lincoln no estaba convencido de ello, porque la derrota de los rebeldes no fue definitiva. Pero cuando el lento avance de McClellan llevó al Ejército del Potomac a unos nueve kilómetros de Richmond a mediados de mayo, los soldados y también los civiles del Norte empezaron a gallear. Charles Harvey Brewster, teniente en el 10.º de Massachusetts, estaba convencido de que «los rebeldes tendrían que darse por vencidos muy pronto». Un capitán del 71.º de Pensilvania se jactó de que, cuando el ejército atacase las defensas de Richmond, «sencillamente saltaremos las fortificaciones, porque no me parece posible detener a este ejército entusiasmado». Un soldado de Wisconsin escribió simplemente a su familia: «La próxima carta os la enviaré desde Richmond».³³

La evacuación de Yorktown obligó a los confederados a abandonar Norfolk también, cediendo a los yanquis el más importante arsenal de la marina que había en el Sur. El capitán del barco confederado CSS *Virginia* (llamado vulgarmente el *Merrimac*), que dos meses antes había librado con el barco yanqui USS *Monitor* un combate que había quedado en tablas —la primera batalla de la historia entre barcos blindados—, tuvo que volar su navío para evitar que cayera en manos del enemigo, toda vez que su calado le impedía retirarse río James arriba. El James quedó ahora despejado hasta el fuerte, así como los obstáculos que había en Drewry's Bluff, solo unos once kilómetros más abajo de Richmond. La toma de Norfolk «fue la segunda en importancia solo después de la de Nueva Orleans», declaró el *New York Times*,

el principal jaleador del Norte. «Jeff Davis debe huir de Richmond» y «la suerte del *Merrimac*... es el tipo de suerte que correrá la rebelión, que también avanza rápidamente hacia la desesperación y el suicidio». El *New York Herald* declaró que Davis no sería el único en tener que huir de Richmond. «Esperamos anunciar antes del fin de semana... que Virginia ha quedado limpia de la malvada pandilla rebelde: gobierno, ejército, directores de periódico, chupones y sanguijuelas, simpatizantes y todos los demás.»³⁴

Desde Washington, Elizabeth Blair Lee tenía informado a su esposo, cuya cañonera, la *Oneida*, estaba ayudando a acabar con la resistencia confederada en el curso bajo del Mississippi, del ambiente que reinaba en la capital de la Unión. «Se cree en la ciudad», escribió en abril, «que Virginia será evacuada sin luchar.» No fue así, pero varias semanas después informó de que «todos hemos fijado el próximo domingo [8 de junio] para la toma de Richmond». En Nueva York la esposa de un juez municipal relacionado con destacados demócratas, entre ellos los consejeros políticos de McClellan, escribió en mayo, tras la toma de Norfolk, que «puede que ahora resulte cierto lo que la señora McClellan nos dijo ayer, que la guerra terminaría antes del Cuatro de Julio».³⁵

Lo mismo pensaban los sureños a los que el *Richmond Enquirer* denunció por «alarmistas» y «hombres de labios blancos y mejillas pálidas».³⁶ El pánico pareció apoderarse de Richmond durante la segunda semana de mayo. Miembros del Congreso, cuyas sesiones acababan de levantarse, volvieron corriendo a casa con lo que los periódicos de Richmond calificaron de prisa indecorosa. El secretario de Guerra metió los archivos de su departamento en cajas de madera para llevárselos a otra parte si hacía falta. El secretario del Tesoro ordenó que las reservas de oro del gobierno se prepararan para su evacuación. Jefferson Davis mandó a su familia a Carolina del Norte y los miembros del gabinete siguieron su ejemplo. Corrían rumores descabellados según los cuales



todo el gobierno se iría y Richmond sería abandonada al enemigo. Los desmentidos oficiales por parte de Davis y el gobernador de Virginia resultaron poco convincentes. «Casi nadie supone que Richmond será defendida», escribió John B. Jones, funcionario del Departamento de Guerra, el 9 de mayo. Una joven de Richmond dijo que se sentía «como la prisionera de la Inquisición en el relato de Poe, arrojada a una mazmorra cuyas paredes se contraen lentamente».³⁷

Jefferson Davis se sentía igual. Los observadores comentaron que se le veía «flaco y demacrado» y «con los ánimos muy deprimidos».³⁸ Durante aquellos días tensos se encon-

traba de visita en casa del presidente su sobrina, que el 7 de mayo escribió a su madre en Mississippi: «Oh, madre, el tío Jeff se siente desdichado... Nuestros reveses le disgustaron tanto... Todo el mundo parece disgustado, y la causa de la Confederación parece decaer y hundirse... Estoy a punto de caer en la desesperación».³⁹

No cabe duda de que la sobrina de Davis utilizó la frase «caer en la desesperación» inconscientemente, pero resultó apropiada, porque el hundimiento del CSS *Virginia* fue a la vez causa y símbolo de la desesperación del Sur. La espectacular hazaña del *Virginia*, que en un solo día, el 8 de marzo, hundió los barcos nordistas USS *Cumberland* y USS *Congress*, había enorgullecido y animado al Sur en unos momentos por lo demás escasamente alentadores. Aunque la llegada del barco nordista USS *Monitor* al día siguiente había impedido que el buque blindado sureño siguiera causando estragos, el CSS *Virginia* también impidió que las cañoneras unionistas subieran por el río James. Ahora ya no existía. Josiah Gorgas, jefe de Armamentos de la Confederación, declaró que «ningún acontecimiento de la guerra, ni tan solo el desastre de Fort Donelson, creó una sensación tan honda como la destrucción de este noble barco».⁴⁰

La reacción no se limitó a Richmond. En Georgia, el teniente Charles C. Jones Jr., que no se había inmutado ante otros desastres, creyendo que estimularían a los sureños a luchar con más ahínco, acabó sucumbiendo al desánimo al enterarse del hundimiento del CSS *Virginia*. «Cada acontecimiento no hace sino demostrar de forma más concluyente que el anterior el poderío de nuestro enemigo, su energía indomable, su consumada habilidad y su fructífero esfuerzo», escribió Jones el 12 de mayo. «No se puede negar que nuestro país se encuentra en la más desesperada de las situaciones, y... no veo nada ante nosotros salvo oscuridad cada vez más densa.»⁴¹